

## La perspectiva americana de José Enrique Rodó desde el Capitolio de Roma\*

Fernando Aínsa

A fines de diciembre de 1916, en vísperas del que sería el año de su muerte, José Enrique Rodó está en Roma. Paseando entre las ruinas del Capitolio, cuyas piedras doran el sol de un suave atardecer invernal y dueño, tal vez, de un vago presentimiento, el pensador uruguayo medita sobre esa "cuna y altar de la estirpe latina" y hace un balance del destino americano que recapitula a la distancia. Bajo el significativo título de "Al concluir el año" sintetiza esas reflexiones en la crónica que publicará en la revista argentina *Caras y caretas* de la que es corresponsal en Europa.

En un texto que hoy puede leerse como un testamento, Rodó resume en un par de cuartillas su esperanzada visión del futuro y ratifica en su confrontación con el omnipresente pasado histórico romano, la tonificante energía del Nuevo mundo. Lo hace mitigada, pero firmemente, ya que, pese a los errores fruto de la inexperiencia, a los devaneos y la turbulencia juvenil de los países del hemisferio y a lo que no duda en calificar de "natural inferioridad de nuestra infancia", el autor de *Ariel* percibe una energía y una "conciencia social" que sólo necesitará del

\* Prólogo a la edición italiana de *El camino de Paros* de José Enrique Rodó. Traducida y editada por Rosa María Grillo, Sulla *Strada di Paros*. Salerno, Oedipus Edizioni. 2001.

paso del tiempo para dar resultado. En lugar de abrumarlo, la civilización europea y sus logros en artes, ciencia e ideas sociales, de cuyo rastro recoge a cada palmo ecos en la Roma milenaria, estimulan su visión. Todo lo ya construido en la breve historia independiente de las jóvenes naciones hispanoamericanas respalda el entusiasmo con que imagina el tiempo a venir, en el cual la unidad continental debería ser una realidad.

Para Rodó resulta claro que la construcción del porvenir se basa en una empresa fundamentalmente educativa y de reinterpretación de la historia. A esta tarea -aconseja- hay que abocarse con el sentimiento de que los hispanoamericanos "somos esencialmente unos; de que lo somos a pesar de las diferencias más abultadas que profundas". Una unidad espiritual creciente que rebasa las fronteras nacionales y que debe prevalecer en política. Contrariarla sería un error y "germen de males" -asegura- y por ello insiste en la necesidad de arraigar en la conciencia de los pueblos del continente la idea de una América "nuestra", de una fuerza común, un alma indivisible y una "patria única".

En el forzado optimismo que su "balance de fin" de año transmite desde Roma, nada refleja que Rodó está agotado y enfermo y que morirá el 1 de mayo siguiente, solitario y abandonado de sí mismo, en un hotel de la ciudad de Palermo. La lúcida arenga con que "concluye" el año 1916 cuesta asociarla con el progresivo deterioro físico que lo embarga, la dejadez indumentaria de su descolorido chaqué raído de forro descosido, sus botines llenos de tierra y su aire melancólico y ausente, desaseado y prematuramente envejecido. Su prosa tersa y trabajada, donde la armonía no cede al entusiasmo, parece más la expresión de un pensador de pasiones contenidas y aspecto hierático que la de un ser atenazado por contradictorios conflictos interiores, agobiado por un desgarramiento físico y existencial progresivo.

#### **Una vocación americanista**

El mensaje, escrito no lejos del Monte Sacro, donde Simón Bolívar pronunciara el 15 de agosto de 1815 su juramento de "no dar reposo a su alma ni descanso a su brazo" hasta que no hubiera liberado al mundo hispanoamericano del dominio español, no es improvisado. En realidad, culmina la vocación americanista que ha marcado la vida de Rodó. Porque ya en 1899, con apenas veintisiete años de edad, Rodó denunciaba en

el segundo opúsculo de *La vida nueva* que consagró a Rubén Darío, la "incuria culpable" que impedía que lazos de confraternidad se hubieran establecido entre los países y resaltaba la importancia de "lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma, merced a la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propagación autorizado". Dotado del sentido ecuánime y ecléctico que caracterizaría su pensamiento, precisaba en ese texto juvenil que se proponía conciliar tradición histórica e innovación social, libertad romántica y mesura clásica, originalidad americana y savia europea, logros del pensamiento científico e imaginación creadora.

Desde esos primeros escritos Rodó tiene clara su visión americana. No se trata de ser originales ("mezquina originalidad") al precio de la "intolerancia y la incomunicación", ni tampoco de vivir "intelectualmente de prestado" con la "opulencia" de la producción de ultramar, sino de articular los fueros de la *intelligentsia* y redefinir el papel del intelectual en un continente que busca su propia identidad a fines de un siglo XIX que se cerraba bajo augurios pesimistas. Se trataba, en definitiva, de apostar a un arte americano que fuera en "verdad libre y autónomo".

En nombre de la búsqueda de un justo equilibrio, Rodó intenta salvar el modernismo del "decadentismo estrafalario" de algunas de sus expresiones más estridentes, para insertarlo en "la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento" en las postrimerías del siglo. Así, mientras habla del "liviano *dilettantismo* moral" y del "alegre escepticismo de los *dilettanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo" y de quienes "liban hasta las heces lo extravagante y lo raro" (*Ariel*), -por otro lado- reconoce en su ensayo sobre *La novela nueva* la profunda renovación modernista y sospecha que, a través de ella, se expresa "una manifestación de anhelos, necesidades y oportunidades de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo".

Más allá del aspaviento que rodea el modernismo, Rodó es consciente de que el movimiento no es únicamente una cuestión de formas, sino "ante todo, de una cuestión de ideas", como el propio Darío lo define en el prólogo a *El canto errante*.<sup>1</sup> En realidad, Rodó se propone -como le confiesa a Leopoldo Alas- "encauzar al modernismo americano dentro

de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo Azul", ya que este movimiento está en el centro de las relaciones de América Latina con el mundo y significa la culminación de dos procesos concomitantes: el fin del imperio colonial de España en América y el principio de la expansión de los Estados Unidos hacia el Sur del continente<sup>2</sup>.

Cuando en 1900 se publica *Ariel*, un mensaje de intensa vocación americana, no es extraño que su resonancia haya sido inmediata. En 1910, el libro dedicado "a la juventud de América" contaba con ocho ediciones, publicadas en puntos tan diversos como México, Santo Domingo, Santiago de Cuba o Valencia y su autor era reconocido en todo el mundo hispánico. Libro dedicado "a la juventud de América", su prosa es de vocación ejemplificadora y está cargada de voluntad moralizante. Rodó practica con grave eficacia un estilo emblemático y asume a plena conciencia un tono magisterial y una retórica que muchos consideran inadecuada para el lector joven a la que está destinada. Sin embargo, en *Ariel*, como en otros textos, especialmente en *Motivos de Proteo*, Rodó inaugura nuevos temas y preocupaciones.

Al enfatizar el componente "latino" de lo americano, para oponerlo a la América sajona, actualiza el ideal bolivariano de la unidad continental. Esta constante de un pensamiento americanista insertado en la tradición clásica grecolatina, cuya continuidad evidencian los títulos de las obras que va publicando a lo largo de su vida -*Ariel* (1900), *Motivos de Proteo* (1909) y *El mirador de Próspero* (1913)- resulta evidente en los ensayos que consagra a Juan María Gutiérrez y su época, a Montalvo, Bolívar, a la idea de Iberoamérica ya la de "Magna patria". En cierto modo, sus preocupaciones siguen la línea trazada por Andrés Bello, Echeverría, Sarmiento, Bilbao y Montalvo, quienes, sin ignorar el ámbito de una cultura universal de clara connotación occidental y, más concretamente latina, fundaron la idea de una especificidad americana capaz de superar los restrictivos nacionalismos y proyectar una América unida como "magna patria indivisible".

La unidad y fraternidad americana a la que invita Rodó no se instrumenta jurídicamente, ni se detalla en forma programática. Se presenta -al decir de Alfonso Reyes- como "una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como un alma". En realidad, como insiste Reyes,

Rodó contribuye a desterrar el "concepto estático de la patria". Su patria es "dinámica", tal como la proyecta en *Motivos de Proteo*. "Regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide" y aunque "la unidad política que consagre y encarne esa unidad moral -el sueño de Bolívar- es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas", el autor de *Ariel*, considera que "no importa", ya que lo importante es la idea, el "numen" que la propulsa.

A modo de metáfora espiritual resume el 17 de setiembre de 1910 ante el Congreso de Chile: "Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única (...) Cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América"<sup>3</sup>.

En esta perspectiva, Miguel de Unamuno lo define como un escritor que no es de un país determinado, sino "ciudadano de la intelectualidad americana". Rodó pretende ser un removedor de conciencias, un cuestionador que propone alternativas más elevadas a un destino americano del que -pese a todo- no pueden olvidarse sus imperiosas necesidades inmediatas y sus injusticias más flagrantes. Sin embargo, al mismo tiempo, el autor de *Ariel* era acusado de vacío esteticismo, de deserción de la realidad, de impasibilidad apolínea y aún de mero epígono de la generación liberal y principista del 70 uruguayo.

Hoy en día el balance del americanismo de Rodó está matizado. Es evidente que no hay que buscar ideologías en sus páginas, sino una actitud vital, una expresión de humanismo, de idealismo, un auténtico sentido de la vida. Rodó resalta lo que está vivo en una obra, más que las ideas abstractas en las que se sostiene; la fuerza que exalta una idea más que la idea misma. Aunque su prosa asume un tono magistral, su propuesta americanista debe leerse como abierta, tan innovadora y dinámica como disciplinadora de la voluntad. En realidad, quienes lo acusan de "idealista" y poco atento a la realidad económico-social de su país y del continente, olvidan que fue un activo político y un incansable periodista.

### **Una activa militancia política y periodística**

La activa participación de Rodó en el debate americano se refleja, sobre todo, en su labor política y periodística. Como diputado por el Partido Colorado en diferentes períodos legislativos que van de 1902 a 1914, Rodó pronuncia discursos parlamentarios que abarcan temas tan diversos como la reforma de la constitución uruguaya, las relaciones con el Brasil, la propiedad literaria o la exención de impuestos a la importación de libros. En ese contexto, resalta el informe *Del trabajo obrero en el Uruguay* que elabora en 1908 y donde adelanta problemas del derecho laboral contemporáneo, tales como la libertad de asociación gremial, el contrato laboral, el derecho de huelga, la reglamentación de horarios y descanso del trabajador, las condiciones de seguridad, las indemnizaciones por accidentes de trabajo, la falta de estadísticas e incluso el tema del salario mínimo. En esos textos Rodó propugna una sociedad sin clases y denuncia "la hipócrita mentira" del orden social transmitido por el orden burgués del siglo XIX y una cierta "democracia utilitaria". El obrero "es la única especie de hombre que merece vivir -llega a decir-. Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse o ser eliminado".

Con el mismo énfasis José Enrique Rodó denuncia las "intervenciones desenmascaradas" de Estados Unidos en la región, esos "representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida"<sup>4</sup> que en 1900, tras haber derrotado a España y haber impuesto humillantes "enmiendas" a Cuba y Puerto Rico, intervienen con impunidad en América Central y el Caribe. Es esta, tal vez, la antinomia más recordada de su ideario americanista. Al oponer el norte al sur enfrenta dos sistemas culturales antagónicos: el norte agresivo, pragmático y utilitario, frente al sur, idealista, humanista, heredero de los valores de la latinidad. En realidad, más que atacar a los Estados Unidos, Rodó critica el "espíritu del americanismo", al que define como "a concepción utilitaria como destino y la igualdad de lo mediocre como norma de la proporción social", aunque se "incline" ante "la escuela de voluntad y de trabajo" que ha instituido ese sistema.

Rodó ejerce el periodismo por vocación, pero también por necesidad. Al morir su padre, cuando apenas cuenta con catorce años de edad, su familia debe hacer frente a inesperadas dificultades económicas. Poco después abandona sus estudios universitarios y empieza a trabajar. A

los veinticuatro años, en 1895, funda la *Revista Nacional*, una publicación que marcó la Generación del 900 uruguayo y se proyectó internacionalmente gracias a la difusión que impulsó el propio Rodó, incansable practicante del género epistolar.

Lector infatigable, curioso y autodidacta, polígrafo atento y polémico que interviene en los debates nacionales, culturales, sociales y políticos, Rodó escribe tanto enjundiosos editoriales, ensayos y críticas literarias y hasta una serie de artículos sobre la guerra europea que estalla en 1914 y cuyos ecos se viven con emoción en el Río de la Plata. Su firma aparece en diarios tan diversos como *El Orden*, *La Razón* y *El País*, posteriormente en *El Plata* (fundado en 1912) y en *El telégrafo*. Sin embargo, es en *El Día*, el órgano político de José Batlle y Ordoñez, donde colabora asiduamente entre 1901 y 1906, hasta distanciarse políticamente del fundador del "batllismo". A partir del año siguiente, 1907, es corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, donde comparte sus columnas con Rubén Darío. Desde entonces y hasta su muerte en mayo de 1917 no abandona sus colaboraciones en revistas y periódicos. Entre sus papeles póstumos se encontrará una crónica inconclusa sobre la ciudad de Palermo.

En 1913, en *El mirador* de Próspero recopila parte de esta producción periodística. Las obras completas, preparadas por Emir Rodríguez Monegal, recogen en 1954 y actualizan en 1967, el resto de sus artículos. *El camino* de Paros, publicado en forma póstuma en Valencia en 1918 y de la que la crónica "Al concluir el año" forma parte, reúne los artículos enviados desde Europa como corresponsal de la revista *Caras y caretas*, la que fuera primera revista "ilustrada" de gran tiraje en el Río de la Plata.

Es interesante que en la primera corresponsalía, "Cielo y agua", que manda al iniciar su viaje a Europa, Rodó reitera una imagen que ha utilizado en varias ocasiones: la de autodefinirse con un "temperamento de Simbad literario" y metaforizar -como lo había hecho en *Motivos* de *Proteo*- que "somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas; la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos que obran sobre un objeto constantemente renovador"<sup>5</sup>. Esta imagen de renovación y de permanente "devenir" que le inspiran las ondas ma-

rinas, está también presente en el breve texto "Mirando el mar" (1911), recogido en *El mirador de Próspero*, donde exalta la condición de "sin punto de reposo" y "sin veleidad de fijeza", de esas olas que nunca son iguales a sí mismas.

A bordo del buque *Amazón* que lo lleva en agosto de 1916 hacia el viejo continente, Rodó confiesa, una vez más, tener "afinidades instintivas" con "el reino de la apariencia pasajera y cambiante" que le ofrece el mar por "la manera cómo en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse en inmutable convicción." Surcando las aguas del Atlántico, escribe: "siempre me ha parecido propio de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo frío y estático, la incompreensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda" -asegura- para declarar su "fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola"<sup>6</sup>.

Estas reflexiones no son gratuitas. Rodó ha dejado Montevideo y ha emprendido el que será su primer y postrer viaje a Europa en circunstancias existenciales difíciles. Aunque había recomendado en *Motivos de Proteo* "los viajes como instrumento de renovación" y sentenciado que "reformarse es vivir. Viajar es reformarse," porque "el juicio literario depura, como la mente del viajero, con la experiencia de la inagotable variedad de las cosas", Rodó se va, en realidad, empujado por un progresivo desencanto personal y por las tensiones políticas del Uruguay donde se siente personalmente derrotado.

Contemplando el océano por el que navega el *Amazón*, Rodó puede decirse que, pese a todo, lleva así su prédica a la práctica y que viaja para reformarse. Se había visto a sí mismo, según confesara en una carta escrita años antes (septiembre de 1904) como "una personificación del movimiento continuo, alma volátil, que un día despertará al sol de los climas dulces y otro día amanecerá en las regiones del frío Septentrión". Ahora se quiere proyectar como "un alma andariega" guiada por las voces que le indican que "vegetar no es para hombres que se estimen" y se repite a modo de justificación que "no quiero permanecer en este ambiente enervador."

El "ambiente enervador" es el Montevideo enfrascado en debates políticos y constitucionales, que descubre, no sin sorpresa, que Rodó, abandonando su carrera de hombre público y de "Maestro de América",



se va a Europa como corresponsal de una revista argentina. Los intentos por retenerlo en el país no surten efecto. Es demasiado tarde. Tras la "figura estatutaria, firme, serena en demasía" (Emilio Oribe), disimulada en la "persona reconcentrada y solitaria, tímida y desgarbada" y escudado en "el respeto que dondequiera lo rodeaba" (Alberto Zum Felde) se evidencia un escritor sensible que ha ido reduciendo su espacio vital y existencial en un país en el que se siente progresivamente marginado. Por ello decide emprender un largo viaje a la civilización de cuyas lecturas se ha nutrido hasta entonces. Rodó proyecta visitar Portugal, España, pasar un cierto tiempo en Italia, atravesar Suiza e instalarse en París y "consagrarse allí, de lleno, a su labor literaria". En ningún momento planea ir a Grecia. *El camino de Paros*, aunque servirá para titular la recopilación póstuma de sus crónicas, no está previsto en su itinerario.

#### **Un "camino" en la cultura europea**

Tras las primeras reflexiones ante el océano que cruza en lenta travesía, la natural discreción de Rodó no refleja el estado de ánimo que lo embarga en las crónicas que envía posteriormente desde Europa. En Portugal se entrevista con el presidente Bernardino Machado y confiesa su admiración por "el caballero que gobierna", resalta la tradicional alianza de ese país con Inglaterra y el hecho de que con España, pese a ser pueblos linderos, se ha vivido "hasta ahora vueltos de espaldas."

En Barcelona, "la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre", descubre su "apellido en la muestra de una casa de comercio" y recoge la curiosa reflexión -no exenta de actualidad- de un joven estudiante ante el monumento a Colón, cuyo emplazamiento en la ciudad condal cuestiona. En efecto, si bien el descubrimiento de América trajo "gloria y grandeza" a España, significó para Cataluña el inicio de su decadencia, de pobreza y despoblamiento, ya que habiendo sido árbitros del Mediterráneo y centro de la comunicación universal compartida con Venecia y Génova, Cataluña quedó relegada cuando todo pasó al eje del Atlántico. Rebatiendo la afirmación de Unamuno de que Barcelona es una ciudad "fachadosa", Rodó percibe tras las fachadas "sólidos hogares, copiosas bibliotecas" y la raíz de todas las grandezas: la energía. El carácter positivo, calculador, utilitario y el "aliento de trabajo" del catalán, no son óbice para los ideales de "refinada y caballeresca poesía." Ante la Catedral recuerda una frase de Rodin: "El arte gótico cuyo incomunicable

secreto consiste en saber modular la luz y la sombra."

Con indudable perspicacia, Rodó anota en sus artículos sobre "El nacionalismo catalán" cómo en Barcelona más que de regionalismo se habla de nacionalidad y la idea de que Cataluña es la patria, "la patria verdadera y gloriosa", una fuerza que -anticipa en forma premonitoria" no es probable que acabe en el vacío". Su espíritu siempre ecuánime recomienda a los "hombres de Cataluña" que equilibren el entusiasmo con "reflexiva abnegación", amando la "patria chica", dentro de la "grande". Recomienda que no hay que "alucinarse" con el destino de los estados pequeños, ni con el recuerdo de las repúblicas de Grecia e Italia, ya que "no en vano han pasado los siglos". En su balance final sobre la escala española, Rodó se dice: "cuán cierto es que cada hora trae una enseña. Andando, andando, proveo mi cesta de observador."

El resto de las crónicas las envía desde Italia.

En las "etapas canónicas" de su viaje<sup>7</sup>, Italia le ofrece a través de una unidad nacional tan original como enérgica, un paralelo necesario a su preocupación por el destino americano. Al descubrir asombrado que la flamante república ofrece la más interesante, "personalizada" y copiosa variedad de "ciudades con alma" que pueden imaginarse, no puede dejar de pensar en la diversidad del Nuevo Mundo. Las ciudades italianas con valor espiritual, fisonomía colectiva, carácter persistente y creador, "foco irradiador de toda patria" que cristalizan en un espíritu de sentido unívoco, son un modelo. Por ello Rodó se pregunta cómo la unificación política y jurídica de Italia ha preservado armónicamente la variedad de sus personalidades sociales. Esa interrogante la traslada a América donde se necesita "formar la magna patria que a todos debe reunir frente al mundo".

En otros casos, como en los "Recuerdos de Pisa", Rodó elabora una fina tesis sobre el "matiz de tristeza" que cree percibir en los pueblos que un día fueron poderosos y grandes y que han perdido la actualidad de la gloria, pero no la dignidad de los hábitos ni la idea de sus tradiciones. Prefigurado en Portugal a través del sentimiento de la *saudade* por glorias pasadas que impregna el carácter de las gentes, Rodó lo ratifica en Pisa, donde la ciudad "añeja y triste" respira armoniosamente su aire renacentista al borde del río Arno que la atraviesa con ritmo "lento y opaco". En esta visión, hasta la inclinación de la torre de Pisa le parece

"expresión de abatimiento y de laxitud meditabunda", sobre la cual flotan las sombras de Dante y de Lord Byron. Para esa Pisa melancólicamente mirando hacia su pasado, Rodó propone "la modernización violenta de la ciudad pasatista" que reclama en ese mismo momento el futurismo de Marinetti.

Las crónicas italianas de Rodó son variadas. Tanto proyecta ideas trascendentes de belleza encarnada en los "arquetipos de mármol" al desgranar pensamientos sobre las "formas divinas" en la Galería de los Oficios de Florencia o al imaginar un "diálogo de bronce y mármol" entre el David de Miguel Ángel y el Perseo de Benvenuto Cellini en la Plaza de la Signoría, como elabora originales reflexiones sobre "los gatos en la columna Trajana" o sobre la "melancolía de las ruinas" recorriendo los jardines de Tívoli. De ahí - como sugiere Teresa Cirillo- el subtítulo de *Meditaciones* y andanzas que explican las "desviaciones y mutaciones de género" y las frecuentes intervenciones comparativas y proféticas insertas en *El camino* de Paros que solicitan "la complicidad emotiva del lector".<sup>8</sup>

En la inevitable nostalgia que procuran las fiestas de Navidad y de fin de año, Rodó escucha en un tren que lo lleva a Turín la despedida de una mujer de cabellos blancos a una niña vestida de luto: "Ve, hija mía, que esta Nochebuena nos traerá la Paz".

Estas palabras lo impactan.

Europa está en guerra de la que todavía no se avizora una paz posible y, sin embargo, nadie se resigna a perder la esperanza aunque estén sumergidos en una "ciénaga de sangre." Como una enredadera de tenue raíz, la esperanza y las infinitas formas de la fe persisten -se dice Rodó, aunque por "incrédulo" se confiese eximido de toda fe y repita "la paz no vendrá esta Nochebuena, sino cualquier día, tras el cual vendrán otras guerras. Las Noches Buenas serán indiferente a las eternas disputas de los hombres". Sin embargo, una vez más, la imagen marina le permitirá proyectar su madura visión existencial: "Cada generación que se va, deja, como la espuma en la playa, la confesión de su desengaño, a cada generación que viene contenta, con terquedad impenitente y sublime, entonando el himno de la alegría y de la acción. Así es el sortilegio del mundo."

Así fue también la vida de José Enrique Rodó.

El que fuera -al decir de Emilio Oribe- "enmascarado persistente" en vida como "sigue siéndolo después de ido a la tiniebla", ha dejado un legado de melancólico escepticismo vital y de poderoso pensamiento libre y crítico, al margen de exclusivismos doctrinarios y de sistemas cerrados.

Lejos de todo dogmatismo principista, Rodó infunde una dinámica espiritual y una perspectiva humanística a un quehacer americano que entonces apenas se iniciaba y que hoy sigue inconcluso. Para no caer en el inmediatez programático, propició cambios en una perspectiva vasta y duradera, inscrita en el tiempo, la que no debería limitarse al cumplimiento de un programa o una plataforma. En tanto que permanente "removedor de ideas" y "tematizador de inquietudes", prefirió los "ideales de vida" a las "ideas", como lo calificó Carlos Real de Azúa. "No tengo ideas; tengo una dirección personal, una tendencia...", nos dice el autor de *Ariel*. "Lo que importa es lo vivo de la obra, no las ideas abstractas", reitera en 1912, para precisar: "no son las ideas, son los sentimientos los que gobiernan al mundo".

„A través de sus páginas -y las de *El camino de Paros* son un buen ejemplo- Rodó debe leerse, como lo sugiriera Rafael Barret más allá de "la algarabía de vulgares elogios que suelen levantarse alrededor del nombre del insigne escritor", como a un verdadero maestro, a un libertador.

## Notas:

- 1 Rubén Darío, *Obras completas*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1953; Tomo V, p.951.
- 2 *El camino de Paros* en *Obras completas*, o.c. p.1245
- 3 Federico de anís, *Sobre el concepto del modernismo* en *España en América*, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico. San Juan, 1968; p.179.
- 4 *El mirador de Próspero*. en *Obras completas*. o.c, 571
- 5 Anotaciones a la mano de Rodó en el ejemplar de Ariel que ofreció a Daniel Martínez Vigil Vigil.
- 6 *Motivos de Proteo*, *Obras completas*. o.c. p.310
- 7 Teresa Cirillo Sirri en "Oltre l'isola di Ariel. Rodó in Italia" (*Annali dell'istituto universitario orientale*), XXXIX,2, Nápoles. 1997, p.9-289) analiza las etapas canónicas del viaje por Italia como un peregrinaje a través de la geografía cultural de la península.
- 8 Cirillo. art. citado, p.14-294